

LA VIDA DEL ESPIRITU

1.- *En el hombre están íntimamente unidas y compenetradas la vida animal de los sentidos y la vida espiritual de la inteligencia y de la voluntad. La vida espiritual es la más perfecta en sí misma, pero la más débil en el hombre; a la par que, esencialmente inferior a la espiritual, la vida animal en él es la más fuerte y la más perfecta de todo el reino animal. Con razón dice Santo Tomás que "el hombre es el más perfecto de los animales y el más imperfecto de los seres espirituales".*

Tal situación hace que la vida espiritual se vuelva fácilmente a los objetos de la vida de los sentidos, y que el hombre perfeccione los bienes materiales mediante su actividad técnica, que procede del espíritu: de su inteligencia y de su voluntad. Esta actividad vuelta a los bienes materiales absorbe gran parte de la vida espiritual del hombre actual: con la técnica propiamente tal, la economía y las ciencias auxiliares y gran parte del derecho. Con el nombre de "trabajo" se abarca el ámbito inmenso y creciente de esta actividad espiritual del hombre dirigida a la consecución de los bienes de los sentidos, a lo que se llama comúnmente el bienestar material o simplemente bienestar.

Tal trabajo o actividad técnica en la organización material del mundo actual -en que el hombre vive preocupado casi exclusivamente por su bienestar material y la seguridad del mismo para el futuro de sí y de los suyos- tiende a absorber progresivamente la vida del espíritu, aun en sus tramos superiores -en épocas anteriores cultivadas de una manera eminentemente desinteresada- como el de las ciencias, las artes y aun el de la filosofía y a veces hasta el de la religión, para ponerla al servicio de la técnica, de la economía y, en general, del bienestar material; como si su valor proviniese casi exclusivamente de su utilidad, y no estuviese constituido por sus mismas notas intrínsecas en relación con el perfeccionamiento estrictamente humano.

2.- *Por otra parte, esta actividad espiritual, ordenada a la procura de una más amplia o más perfecta posesión de los bienes materiales, no tiene sentido de fin sino de medio; se trata de la consecución de los medios materiales para que el hombre pueda lograr más plenamente su vida espiritual de persona o ser específico. Porque el hombre logra su perfección, su cultura propia, por la actuación de su actividad espiritual en sus distintas dimensiones jerárquicamente unificadas.*

Una actividad espiritual dirigida exclusivamente al trabajo o procura del perfeccionamiento material, resulta contradictoria: es un esfuerzo inmenso de medios, ordenados de sí a un fin, que no se alcanza y que ni siquiera se tiene en cuenta. La cultura o cultivo realizado por el espíritu se ha concentrado en la zona inferior de la materia, en el hacer, sin tener en cuenta, al menos con la conciencia y el vigor que fuera necesario, las zonas superiores del perfeccionamiento del propio espíritu, o la cultura propiamente tal.

3.- *Ahora bien, toca a la Filosofía -y también a la Teología- esclarecer el ordenamiento de la actividad del hombre en todo su ámbito y en su orden jerárquico, especialmente en lo que atañe a su actividad espiritual, tanto intelectual como volitiva libre y a su vida propia con sus*

bienes y fines específicos o, en otros términos, iluminar la tarea de la cultura u obra de perfeccionamiento realizada por el espíritu no sólo en las cosas -actividad técnica- sino también y sobre todo en el propio espíritu en la actividad de la persona -actividad especulativa y moral-. Porque, lejos de agotarse el espíritu en el trabajo o quehacer técnico, económico, etc., se abre a los bienes estrictamente tales, valiosos por sí mismos y fines de su actividad específica, trascendentes y perfeccionantes de la persona humana como tal.

Para usar los términos de Pieper, más allá del trabajo o "negotium" -la actividad útil- está la actividad valiosa por sí misma, el "otium", a la que aquélla sirve como medio, porque se ordena a la consecución de los bienes que directa o indirectamente perfeccionan al hombre como tal, que lo humanizan o cultivan -de ahí, cultura- en cuanto hombre, en cuanto ser espiritual o personal.

En efecto, por su actividad intelectual, el hombre se ordena a contemplar el ser, a develar su verdad oculta, con la que el **ser se** identifica. El intelecto se enriquece con la aprehensión o posesión intencional del ser o verdad trascendente. La mirada intelectual está fija, especificada por el ser. De ahí que no se agote ella en el ser o verdad **de ningún** ente finito, y a cada contemplación o de-velación del **ser** limitado de los entes, su ansia de ser o verdad se reaviva sin cesar, **en** la busca del ser o ve-dad sin límites del Ser o Verdad infinito, en última instancia.

No de otra suerte la voluntad está especificada y determinada por el bien, que no es sino el ser en cuanto apetecible o acto perfeccionante del apetito. Nada puede querer ella sino en cuanto bien, y bien trascendente a ella, cuya posesión la enriquece. Pero la meta definitiva de la voluntad no es éste o aquel bien o ser determinado -que existir o puede existir- sino el bien como tal, la felicidad, que sólo la posesión del Bien infinito puede realizar. Precisamente esta necesidad con que la voluntad está especificada en cuanto al bien, hace que frente a cualquier bien finito, o al Bien infinito finita o imperfectamente aprehendido, ella pueda quererlo o no, sea libre. Únicamente frente al Bien infinito perfectamente aprehendido -que coincidiría con el objeto formal especificante de la voluntad- la voluntad lo ama necesaria y a la vez espontáneamente: no puede dejar de amarlo,

Otro tanto sucede con la belleza, el bien propio que engendra en el entendimiento contemplante la verdad de la forma splendens, que se Presenta radiante en la unidad de sus partes a la mirada escrutadora de aquél. Pero también aquí no es ésta o aquella belleza determinada la que sacia el apetito natural del intelecto sino la belleza en sí, sin límites, la Belleza divina, en definitiva, por la que son bellas todas las cosas bellas.

Verdad, Bondad y Belleza infinitas no son sino la misma y única realidad del Ser infinito, de Dios.

En un análisis de la actividad espiritual del hombre ella aparece finita pero herida -con una herida siempre abierta- y sellada desde sus raíces más profundas por el Ser divino, que la especifica y constituye en su razón misma de ser, en su razón de ser de persona. Por todas sus aberturas el espíritu humano está abierto a la trascendencia del ser -verdad, bondad y belleza- que él no es -Por esto, esencialmente finito- y, en definitiva, a la trascendencia del Ser infinito, de Dios, infinitamente trascendente a él y, sin embargo, para el cual está esencial y necesariamente hecho y sin cuya posesión no puede realizarse ni ser plenamente hombre. Un espíritu finito, distinto del mundo y de Dios, pero hecho esencialmente para alcanzar su

plenitud en El, en su posesión como Verdad, Bondad y Belleza, a través de la posesión del ser o verdad, bondad y belleza de los entes mundanos.

4.- De ahí que la Ciencia y la Filosofía -y la Teología, en la situación actual de elevación del hombre a la vida divina- la Moral individual y social, el Arte y, sintetizándolas a todas, la Religión, sean las actividades por las que el hombre se perfecciona como hombre -y como hijo de Dios, en el Cristianismo- y constituyan la cultura, el camino de acceso al verdadero bien humano.

En cambio, la Técnica con la Economía y perfeccionamiento de las cosas materiales sólo logran su verdadera finalidad y su sentido definitivo, como actividad de bienes útiles, en cuanto están esencialmente subordinadas a la consecución de estos fines supremos del hombre: la verdad, la bondad y la belleza de las cosas y, en última instancia, la verdad, bondad y belleza infinitas, objeto de la cultura estrictamente tal, o de aquellas actividades desinteresadas del espíritu que acabamos de mencionar en el párrafo anterior. La cultura, pues, como perfeccionamiento específicamente humano está más allá de lo útil, y, por eso, más allá de la actividad técnica y económica y, en tal sentido, del trabajo.

La atmósfera propia de la vida humana, no es la de los medios, el negotium o el trabajo febril de la producción y transformación de los bienes materiales para el logro del bienestar humano -Por importante que él sea, incluso para lograr o favorecer la vida del espíritu- sino la de los fines o del otium, por la que el hombre vive y acrecienta su vida espiritual, o personal.

5.- Toda esta vida de cultura o perfeccionamiento humano-aun la hacer técnico-económico- se funda en el realismo, es decir en el ser real inmanente del hombre, que se acrecienta con la consecución del ser real trascendente -verdad, bondad, y belleza- mediante su (actividad espiritual, que lo de-vela y aprehende por la contemplación de la inteligencia, y lo realiza o lleva al acto de su perfección por la voluntad libre. Sólo ante el espíritu o ser inmaterial se de-vela o logra presencia el ser -porque en sí mismo, aún en los seres materiales, es tal por su, inmaterialidad o acto- como verdad o belleza de las cosas, del hombre y de Dios -contemplar-- y sólo por el espíritu puede ser acrecentado como bondad y belleza de las cosas -hacer- o del propio hombre en cuanto ser espiritual o persona -obrar.

Si no hay ser inmanente, el hombre no puede aprehenderse ni perfeccionarse: no hay sujeto de esta acción perfeccionante; y si no hay ser trascendente, el hombre no puede encontrar ser -verdad, bondad belleza- con que acrecentar su propio ser.

De aquí que sólo en una Filosofía realista y teísta, en que el hombre es ubicado como un ser material-espiritual finito frente a un mundo de seres finitos y frente al Ser infinito de Dios, la cultura o actividad _perfectiva del hombre, cobre y posea in auténtico sentido. Cuando no hay ser que perfeccionar ni ser con que perfeccionar, el perfeccionamiento o la cultura carecen de todo sentido. En otros términos, cuando la actividad cognoscitiva no es aprehensión o de-velación del ser trascendente, deja de ser conocimiento propiamente tal, y se convierte en actividad práctica o transformadora de la propia actividad, sin sentido de enriquecimiento alguno. Otro tanto acaece con la actividad práctica o volitiva: si no consigue o realiza en sí o en las cosas bienes trascendentes a su propia actividad, se pierde hasta el sentido de lo práctico, del acrecentamiento ontológico que él esencialmente implica. Y sin ser inmanente

que perfeccionar con el aporte del ser trascendente aprehendido por la inteligencia y realizado por la voluntad, también se pierde el sentido del perfeccionamiento propiamente tal.

Tal la tragedia de la filosofía moderna y de la cultura o humanismo que en ella se funda: del humanismo sin hombre y sin bien y verdad trascendentes con que perfeccionar al hombre. Convertido el hombre -y más que él su pura actividad humana- en centro de toda la vida espiritual, ésta queda dislocada y hasta aniquilada, sin ser o fin trascendente, y se cumple como un febril esfuerzo o trabajo sin meta ni sentido- porque sin el ser trascendente no hay metas ni sentido de la actividad inmanente- no sólo para el hombre, como ser personal, sino aún para la propia actividad o trabajo.

A este respecto, el Tomismo, como Filosofía realista connatural del hombre, tiene su misión que cumplir en el mundo actual para ayudarlo a reconquistar el sentido y el camino de la obra de perfeccionamiento humano, de la Cultura o Humanismo, asegurar el ámbito propio de la vida del espíritu o de la persona. Fundando en el ser -el objeto propio de la inteligencia- el Tomismo, con un gran rigor crítico, progresa paso a paso en la de-velación de las diversas capas del ser, ocultas a primera vista; y, siguiendo sus exigencias ontológicas, llega a sus causas intrínsecas o constitutivas, eficiente y finales, y descubre así, en sus aspectos fundamentales, el ser y la actividad de los seres materiales, vivientes y animales del mundo, el propio ser y actividad humanos, material y espiritual, en su unidad sustancial personal y, en su última instancia, el Ser de Dios, Causa eficiente primera y final última.

Fundado y alimentado por la inteligibilidad o verdad del ser -que es el bien que fundamenta la actividad práctica- el Realismo tomista es un sistema en continuo crecimiento, capaz de penetrar de-velando nuevos aspectos de la verdad del mismo, que se van presentando en las nuevas perspectivas históricas y mediante el desarrollo del propio sistema y demás conocimientos científicos. Y toda auténtica de-velación del ser, así haya sido llevada a cabo dentro de otra concepción filosófica sustancialmente errónea, encuentra su ubicación exacta y su significación cabal dentro de esta concepción, que, en definitiva, no es ni quiere ser sino la expresión o, mejor, la aprehensión misma del ser, desde sus constitutivos y causas primeras y en una dilucidación creciente.